

EL IMPERIO SE PREPARA PARA ATACAR A NICARAGUA

En los primeros seis meses de este año se ha hecho evidente a través de los hechos que la Administración Reagan ha optado por la fórmula de la intervención para enfrentar al gobierno sandinista.

Al terminar la operación "Pino Grande", en febrero, no menos de 1,200 guardias somocistas se introdujeron en territorio nicaragüense para cumplir con el llamado Plan C elaborado por la CIA. Al mismo tiempo, se aprovechó la operación para dotar al gobierno de Tegucigalpa del equipo bélico más moderno, fortaleciendo de igual forma a los guardias somocistas del FDN. El objetivo principal del Plan C era adentrarse en el interior del territorio nicaragüense por medio de 6 "fuerzas de tarea", en que se subdividieron los efectivos contra-revolucionarios. Cada una de esas unidades debía actuar como bloque o en calidad de tropa irregular. Contaban con fusiles Fal, Aka, ametralladoras 50 y M-60, morteros de 60 y 80 mm. y servicio de radio.

Las fuerzas sandinistas realizaron una campaña de persecución, cerco y aniquilamiento contra estos contingentes. Varias semanas después de su ingreso al país, las fuerzas de tarea habían sido cercadas, sin embargo, como los cerros tenían un radio de 50 kms la posibilidad de evadirlo era relativamente fácil. El principal éxito de las fuerzas sandinistas fue poner a los agresores a la defensiva y en repliegue hacia su santuario en Honduras. Algunas de las fuerzas de tarea sufrieron bajas calculadas entre el 20 y 40% de sus efectivos.

Ante la situación desventajosa de las fuerzas de tarea, los somocistas ubicados en la frontera hondureña se reagruparon en 3 puntos para lanzar ataques hacia Nicaragua y quitar la presión sobre sus colegas. En consecuencia, 1,200 hombres atacaron las inmediaciones de Jalapa, más de 500 incursionaron por Zelaya norte y fuer-

zas menores atacaron otros puntos fronterizos. Las unidades agresoras han sido rechazadas constantemente por las fuerzas nicaragüenses tras duros combates de varios días. Al ser repelidas, las fuerzas agresoras regresaron a Honduras, donde después de reagruparse lanzaron otro ataque. Esta es la dinámica que se ha mantenido en los últimos meses en la frontera entre Honduras y Nicaragua.

El resultado de estas acciones militares ha sido la frustración de los intentos norteamericanos de internar tropas somocistas dentro del territorio nicaragüense y la evidente fortaleza de las fuerzas nicaragüenses que han impedido la toma de poblaciones importantes por parte de las fuerzas invasoras. En contrapartida, esta situación ha supuesto un desgaste enorme en fuerzas humanas y materiales para Nicaragua. Igualmente, el reclutamiento de mercenarios que está haciendo el FDN en Honduras, con la colaboración de contrarrevolucionarios cubanos, indica que están en capacidad de relanzar nuevos e importantes ataques.

Por otro lado, en la frontera sur las fuerzas de ARDE, dirigidas por Edén Pastora, iniciaron sus operaciones. La función de los 2 mil hombres dirigidos por Pastora es básicamente la de quitar presión sobre la frontera norte, obligando al ejército sandinista a la dispersión. Existe, pues, unidad de acción entre las fuerzas dirigidas por Alfonso Robelo y Edén Pastora y las somocistas. Sin embargo, dentro del plan global el papel secundario que para EE.UU. juega este movimiento del sur ha provocado fricciones con los mismos EE.UU. y el FDN. ARDE resiente la limitada ayuda económica y militar que se le ha enviado, lo cual, obviamente, incide en su peso específico dentro del movimiento contra-revolucionario. Las recientes declaraciones de Pastora amenazando con retirar sus fuerzas son

una consecuencia de esta situación. De hecho, EE.UU. ha atendido ya las peticiones de Pastora a través de Venezuela y Panamá. Por lo tanto, ARDE continuará activo en el sur.

Otro de los factores del plan de agresión contra Nicaragua, el de los sabotajes internos, ha encontrado igualmente serias limitaciones. En numerosos puntos del país (El Viejo, Chichigalpa, La Paz Centro, Boaco y Managua) los organismos de seguridad del Estado han detectado a los saboteadores. Hasta este momento, sus operativos exitosos han sido escasos y poco relevantes. Sin embargo, las fuerzas de tarea sí han golpeado puntos económicos relativamente importantes. En el mes de junio ocasionaron pérdidas por valor de 2 millones de dólares en equipos de construcción. Entre el accionar en las fronteras y el sabotaje interno se han perdido hasta ahora 81 millones de córdobas.

Dentro de este contexto se sitúa la denuncia y expulsión de tres diplomáticos de la embajada de EE.UU. en Managua. Según parece su misión

era desestabilizar mediante atentados personales, infiltrar partidos y sindicatos, promover el agiotismo, espionaje militar y entrenamiento de células armadas del partido Conservador Demócrata.

El plan norteamericano, las agresiones armadas en el norte y en el sur, reforzadas por la retaguardia de Honduras y Costa Rica y los sabotajes internos, no han sido suficientes. De ahí que se vea como indispensable por algunos observadores la necesidad de utilizar al ejército hondureño contra el nicaragüense. En este sentido, es interesante observar que hasta hace unos meses las actividades militares hondureñas habían consistido en apoyo armado eventual a los somocistas. Sin embargo, en las últimas semanas dicho apoyo se ha vuelto continuo y consistente, siendo ya cosa corriente el mortero de las posiciones nicaragüenses desde Honduras. El comienzo de una guerra abierta y total de Honduras con Nicaragua, según los planes de Washington, podría desatarse a partir de supues-



tas acciones sandinistas en contra de la población hondureña vecina a la frontera. En este contexto debe considerarse el asesinato de los dos periodistas norteamericanos en el mes de junio. El gobierno de Tegucigalpa y el de Washington no tardaron en responsabilizar al de Managua del asesinato. Sin embargo, las declaraciones de periodistas holandeses presentes en la zona del asesinato demostraron la fragilidad de la versión oficial hondureña. Esta guerra, en caso de iniciarse, justificaría un gobierno provisional contra-revolucionario ubicado en un territorio liberado.

Otro de los factores que ha estado manejando la contra-revolución y la Administración Reagan es el grado de descontento popular con el régimen sandinista. Según sus cálculos, el descontento alcanzará tal grado que el pueblo se volteará y apoyará a las fuerzas invasoras. El argumento principal para sustentar esta hipótesis lo encuentran en los serios problemas de abastecimientos que enfrenta el gobierno sandinista.

El desabastecimiento es un problema real y agudo en algunas ocasiones. Entre las causas principales del mismo se encuentran la falta de divisas para comprar algunos productos, el bloqueo impuesto por la Administración Reagan (trigo, repuestos, producción bananera, reducción de la cuota de azúcar), un crecimiento productivo inferior a la capacidad adquisitiva de la población, problemas relacionados con el carácter estacional de la producción (innundaciones, sequías), acaparamiento con fines especulativos, acaparamiento por parte del consumidor cuando teme faltará algún producto y fallas técnicas y humanas en la red de distribución. Ultimamente se han experimentado problemas de desabastecimiento en el aceite, la leche en polvo y pasteurizada, el pollo y los huevos. Ha habido acaparamiento de productos no perecederos como arroz, maíz, aceite y azúcar.

Parece que si Estados Unidos implementa exitosamente su plan, su tarea quedaría reducida únicamente a labores de retaguardia; es decir, no tendría necesidad de intervenir directamente. Si esto fallara, la respuesta de Reagan será la intervención directa. Su forma de manejar el Congreso abriría esta posibilidad.

En diciembre de 1981 la CIA informó a los comités de supervisión del Congreso que había empezado a preparar comandos especiales contra Nicaragua para detener el presunto tráfico de armas dirigido hacia el FMLN. Más tarde esos comandos se convirtieron en un ejército de 8 mil hombres. En febrero de 1983, los legisladores fueron informados de que el objetivo era más bien presionar a los sandinistas para obligarlos a sentarse en una mesa de negociación. Después de la visita de J. Kirkpatrick a la región, Reagan se refirió a los somocistas como "luchadores de la libertad" y uno de sus dirigentes abiertamente admitió que ellos estaban luchando para derrocar al régimen sandinista de Managua. A estas alturas, para tratar de evitar opciones últimas y limitar la ayuda pedida por Reagan para El Salvador ha comenzado una lucha importante entre la Casa Blanca y los comités responsables de supervisar las agencias de inteligencia. Ha habido reuniones turbulentas en diversos comités y subcomités. Tal como se han desarrollado los acontecimientos, aunque Reagan debe salvar importantes escollos en el Congreso y ante la opinión pública norteamericana e internacional, puede colocar a aquél en una situación tal que no haya otra alternativa viable que el apoyo a la política militar e intervencionista del presidente.

S.J.